

# Claustrofobia

Alice Gagliardi



## Capítulo 1

Hay algo extraño en la atmósfera, en el aire que nos rodea. No soy solo yo, eso es lo que más me preocupa. Tanto Joaquín como Noemi también lo sienten.

—Hermano... no te estoy mintiendo, deja de darle vueltas.

Las palmadas de Joaquín no me bastan para encontrar consuelo. Noemi, en un intento por convencerme, me abraza acurrucándose en mi pecho. El calor de su pequeño cuerpecito logra, como siempre, sacarme una pequeña sonrisa. Pero no quiero que esto acabe aquí, ella debería entender que no por ser mi novia puede convencerme de todo.

—Yo también creo que estás exagerando, amor...

—¿Exagerando? ¡Ustedes dos también lo sintieron! —exclamé exaltado, apartándome de ella y mirándolos a ambos a los ojos. Sabía que no debía, que lo único que encontraría allí sería negligencia y falta de fe.

—Créanme, no es normal que...

"Amor" me interrumpió Noemi una vez más, y ahora su mirada decidida de antes no mostraba más que temor y tristeza. —Sí, Joaquín y yo lo sentimos. Fue algo... peculiar, por ponerlo en palabras bonitas, pero ya todos acordamos que fue la presencia de ese caballero y su... mirada.

—Aún así, sigue sin ser normal... ¿no lo sienten...? —repliqué con las últimas fuerzas que me quedaban. Tenían razón y no podía argumentar contra ellos. Todos sabíamos eso. Todos lo habíamos percibido de la misma extraña y macabra manera.

—Suele pasar que hay personas que tienen un mal aura, es mejor evitarlos y seguir con tu camino, sino tú mismo te seguirás sicoseando y será peor, ¿no crees?

—Dudo que esa la mejor manera de convencerlo, Noe —le interrumpió Joaquín entre risitas. Yo rodé los ojos mirando en otra dirección. Ambos sabían que no era de mi estilo inclinarme por cosas como las "auras", pero no negaré que de todas formas me dejó pensativo.

—De todas maneras, había algo mal con ese sujeto —susurré dándole la razón, para sorpresa de ambos, dejándolos callados—. Aunque no creo que sea algo tan ligero como una lectura de "aura". ¡Vamos, lo saben!

Por fin había dado en el blanco. O mejor dicho, al fin los había convencido para tomarse el asunto más seriamente. Yo me uní también a su silencio, contemplador de ideas que no querían ser dichas. Los minutos pasaban, y ninguno quería decir ni una sola palabra. Parecía casi un acuerdo secreto,

más que nunca en la vida, los 3 éramos conscientes de la fuerza que tenían nuestras palabras. Si uno llegaba a comentar algo, ya dejaría de ser un juego. Sin embargo, como dije antes, no estoy dispuesto a dejarlo aquí. Es importante, no pregunten cómo lo sé... solo lo sé. Tomé una bocanada de aire antes de hablar, mis labios se entreabrieron aún dubitativos: mi boca estaba seca y sentía que me faltaba saliva para hablar. Tenía que hacerlo. No podía dudar ahora.

—Era algo más... oscuro —susurré. Levanté apenas la cabeza para ver cómo Joaquín asentía dándome la razón. Iba a seguir con mi explicación, cuando un chillido espontáneo nos interrumpió a ambos sacándonos de lugar. Cuando nos volteamos, pude ver a Noemí nerviosa casi al borde de las lágrimas. No supe qué decir, ni siquiera alcancé a reaccionar a darle un abrazo cuando, a duras penas, puso en orden las pocas palabras que su asustada mente le permitió expresar.

—¿Podemos dejar de hablar del tema? —suplicó. Yo aún seguía congelado en mi puesto.

—Noe, no es para tan...

—¡¡Por favor!! —otro grito de su parte y más anonadado me quedé.

Joaquín no pudo ni terminar su frase, Noemí rápidamente buscó apoyo en mi abrazándome mientras rompía en llanto—. P-Por favor, amor... no quiero que hablemos más de esto. No quiero. Por favor. De verdad no quiero.

Desde ese punto, mis memorias son algo borrosas. No recuerdo bien cómo terminamos esa situación, lo único que recuerdo es que no volvimos a mencionar el tema por varias semanas. De hecho, ya me estaba olvidando del asunto cuando "él" apareció.

## Capítulo 2

—Qué diablos... ¿es en serio?

La voz sorprendida y temerosa de mi hermano hablaba por los tres presentes. No podía creerlo, ninguno de nosotros de hecho. Pasaron algunos segundos, demasiados quizá, hasta que pude apartar la mirada de la escena y al fin reaccionar. Nauseas. Lo primero que sentí fueron unas ganas horribles de vomitar quemando mi estómago, podía sentir el reflujo en mi garganta insistir ante el pánico.

Pero no podía ser tan egoísta. No podía pensar en mí en esos instantes.

Aún preso del shock, alcancé a reaccionar.

Abracé a Noemí con todas mis fuerzas.

La estreché en mis brazos y escondí su rostro forzosamente en mi pecho, obligándola a voltear.

No sabía qué hacer.

No sabía qué más hacer.

Mis dedos presionaban sus cabellos sin ninguna delicadeza, no podía perder el tiempo siendo gentil o amable. Creo que la oí quejarse, no me importó. La abracé y la abracé una y otra vez, sin dejar que se moviese de allí. Sin que pudiera reaccionar o decir una palabra. Si se sofocaba, al menos podría concentrarse en ello y no en lo que acababa de presenciar. Qué iluso, pensar que cualquiera de nosotros podría borrar esas imágenes de su cabeza algún día.

—Joaquín... por favor, te lo encargo. Sacaré a Noemí de aquí. Hay que... limpiar eso ahora.

Como si mis palabras lo sacaran de un trance y lo arrastraran de vuelta a la cruda realidad, escuché el largo exhalar sufrido, el aire que tanto rato había acumulado en sus pulmones al fin podía salir. Asintió un par de veces, yo pude notarlo, fue más que nada mecánico. "Sí, sí", fue igual a mi forma de afrontar las cosas cuando entendí que esto sí estaba pasando. Sentí un poco de lástima... por él, por todos. Lo dejé atrás mientras caminaba con Noemí a un lugar más tranquilo, viendo de reojo su rostro pensativo aún analizando lo que le había dicho segundos atrás. Logré calmarla un poco, y justo cuando íbamos a dejar la habitación, Joaquín me paró en seco.

—No... n-no puedo hacerlo.

No tuve tiempo para pensar en nada más. Al momento de terminar de pronunciar la última palabra de su lamentable discurso, mis emociones se rompieron y sentí hervir mi sangre junto a mis ganas de llorar.

—Noemí, amor. Ve al baño. Yo iré en seguida —susurré de la forma más dulce posible, mas entremedio de todo ese desastre no podía evitar pensar que sonaba asqueroso—, no tardo.

Obediente, dejó la habitación. No pasó mucho cuando dejé de escuchar sus pasos, desapareciendo en un sollozo distante.

No puedo poner en palabras el odio que sentí los segundos posteriores a ello. Me había estado aguantado, pero es que ya superaba la brecha de lo normal. Ella no merecía esto. Nadie. Ninguno de nosotros merecía esto. Entonces, ¿por qué? ¿¿Por qué?? Golpeé furioso la mesa con mi puño derecho, de la impotencia aterricé mal el golpe y pude sentir como me dañé todo el brazo. No me importaba, miré a mi hermano con la más profunda indignación e ira. Yo sabía que él no tenía la más mínima culpa de mi amargura, sin embargo, un odio ferviente y enfermó era todo el afecto que tenía hacia él ahora.

—¿Cómo que no puedes?! —grité en seco, sentí mi mirada casi desorbitada—. ¿Viste cómo está Noemí?! ¡¿Qué clase de estúpido idiota eres?! Joder... ¡joder!! Era un favor, ¡¡Uno!! ¿No eres capas de hacerme un jodido favor?! Entonces, ¡¡al menos hazlo por ella!!

Joaquín permaneció en silencio, observándome inmutable. Yo jamás le había gritado, mucho menos insultado. Lágrimas empezaron a brotar de mis ojos.

—Ella me necesitaba, Joaquín... —balbuceé, no sé con qué tono. Por alguna razón parecía que buscaba una excusa y perdón—, ella... me necesita ahora mismo, hermano. Y... y... —reí—, ¿y me dices que no puedes...?

Me mordí el labio y ahogué un quejo sordo ante el quemar de mi llanto. Fue cuando hallé una mano. O bueno, ella me halló a mí. No pude resistirme al tacto gentil de mi hermano, que simplemente me hacía llorar aún más. ¿Qué era esto? Aunque yo era el mayor, a él siempre se le habían dado mejor estas cosas. Conservar la calma y pensar en frío. El peso de la inutilidad caía sobre mi espalda como un saco de plomo. Él era todo lo que yo nunca fui, así como yo soy todo lo que él no es; una persona mucho más emocional y pasional que siempre era víctima de sus sentimientos y persuasiones. ¿De qué me servía eso ahora? Apenas pude recomponerme, mi cuerpo aún no se sentía bien. Daba igual. No quería llorar frente a mi hermano menor y, además, aún debía escuchar lo que él

tenía que decir.

—No puedo hacerlo —comentó con el tono monótono que siempre ponía cuando las cosas se quebraban. Una mezcla de seriedad y gentileza tan pura que siempre te hacía sentir culpable de que las cosas llegaran a tal extremo—. Si lo hago, destruiría toda la evidencia. Y la policía no nos creería nunca.

.  
. .  
.

« *P o l i c í a* »

.  
. .  
.

« *E v i d e n c i a* »

.  
. .  
.

Estas palabras hicieron eco en mi cabeza; me parecían tan absurdas e incoherentes.

Busqué los ojos de mi hermano y él me devolvió la mirada con un semblante confiado y sereno.

—¿Poli... cía? —tartamudeé con un hilo de voz. Me sentía tan perdido. ¿Policía? Nadie podría negar que fue una escena atroz, digna de los impulsos más grotescos y repulsivos que el ser humano guarda dentro.

Y aún así.

En ningún momento pensé en llamar a la policía.

Qué gracioso, ¿no? Era la reacción más natural, y aún así, las palabras y el concepto no tenía cábida en mi cabeza. Policía.

Asentí y, como si por arte de magia se tratase, había encontrado paz.

Joaquín llamó e hizo la denuncia respectiva. A Noemí la vinieron a buscar sus padres, nos quedamos solos en la casa que los tres compartíamos. Hace tiempo que no sentía la casa tan... vacía. Investigación llegaría pronto y nos darían las indicaciones para proseguir con la denuncia de manera pulcra. Ellos se encargarían de la evidencia.

Hoy pasaríamos la noche en casa de nuestra madre. Ha pasado tiempo desde la última vez que fuimos; creo que fue cuando volvió a casarse que ambos acordamos que teníamos que darle su espacio para formar una nueva familia. No habían malos sentimientos de por medio. Por supuesto,

cuando la llamamos para ir no le contamos nada de lo ocurrido en detalle.

El olor a cigarrillo marcó un antes y después. Llegó a mi nariz fugaz captando mi atención. Observé a Joaquín a mi lado mirando al cielo, tan callado como él mismo.

Sonreí empático, él no era un gran fumador. Recurría al cigarro cuando tenía algún problema o preocupación del cual no podía librarse. Siendo sinceros, y aunque fuese malo para su salud —tanto física como mental—, me consoló el saber que a él le había afectado tanto como a nosotros. Levanté la mirada junto a él, y lo acompañé con el último cigarrillo que quedaba en la cajetilla. Las aves piaban armoniosas, yo me sentía libre de todo y con una consciencia tranquila. éramos dos hermanos que disfrutaban del silencio otorgado por la naturaleza, contemplando en paz el atardecer y sus sutiles tonos anaranjados.

Confesaré,  
odiaba esa calma.

Parecía un acuerdo secreto y silencioso, justo antes del gran final.

## Capítulo 3

—Es que simplemente no lo entiendo. No lo logro entender, y ya. Es absurdo.

Era de madrugada, investigación se había demorado más de lo que me hubiera gustado y recién estábamos libres. Habíamos tomado un taxi directo a casa, en un principio intercambiamos un par de palabras con el conductor, mas pronto se hastió de nosotros y siguió conduciendo sin volver a pronunciar palabra.

No sé por qué razón me pareció divertido.

El silencio gobernó el ambiente un largo período, en el que me dediqué a observar por el retrovisor a nuestro banal personaje; su identificación estaba allí también.

"José Vargas, 47 años, trabaja para la compañía desde los 23, auto negro, patente X..." y la típica foto adjunta a su permiso, la cual deseaba bastante que desear, probablemente se la había tomado hacia ya bastante y su juvenil sonrisa no hacía juicio a su expresión cansada y harta de su trabajo. Sonreí para mí mismo, unas sensación de lástima y un sentimiento que no pude comprender se quedaron bloqueando mi garganta.

—confesó mi mente y chasqueé la lengua—,

Bien, sí. Quizás yo no era la mejor persona del mundo, pero al menos era sincero y no me cortaba en mis principios y forma de pensar como mucha gente. No me estoy justificando, sin embargo, creo que fingir es mucho peor. Además, no es que quisiera atacar a este hombre, ni siquiera lo conozco. Más que nada... necesitaba algo con qué distraerme. Habían pasado muchas cosas hoy, mi mente estaba agotada. Molestar a alguien en tu cabeza no era ningún pecado, estoy seguro que todos lo hemos hecho alguna vez en nuestra vida... en fin. ¿Por qué me estoy justificando...?

—Es lo que te digo, hermano... qué clase de enfermo, sólo por una pintura, podría... —Joaquín sujeto mi hombro izquierdo con fuerza y lágrimas silenciosas cayeron por mis mejillas. Había estado hablando solo todo este rato y nadie me respondía. Lo entendí en ese momento.

"No aquí, no ahora" era lo que decían sus intenciones y sus ojos en primera instancia. Es mi hermano, lo conozco. "No tengo palabras aún. No sé qué hacer, no sé qué decir. No diré nada, no aquí. Déjame llegar a casa

para poder recomponerme" era lo que realmente ocultaban.

Saludamos a mamá con un beso en la mejilla, si bien sé que que estaba preocupada como cualquier otra madre, su sofocante abrazo no alcanzó a tener efecto alguno en mí. En cambio, fue su rostro, más viejo que la última vez que la visitamos, el que me dejó una mala sensación de estar perdiendo algo.

—Deberías descansar... —su voz me sacó de mis pensamientos. Joaquín apagó la luz y se sentó mirándome en la oscuridad en la cama continua a la mía.

—Dijiste que cuando llegáramos habla-

—Necesitas descansar por Noemí. Irás a verla mañana, ¿verdad? No puedes dejarla sola, pero tampoco puedes ir con ese rostro. Es más... debes prepararte para no decir ninguna palabra sobre lo ocurrido.

Silencio.

—Eso sólo lo haría peor para ella.

—...

—Y lo sabes.

—...

—También ninguna palabra sobre lo que descubrimos después.

—...

—Lo están buscando... así que relájate y deja que la policía se encargue.

Los pulmones me quemaban demasiado por el aire retenido en su interior. Exhalé lenta y parsimoniosamente, tal como si fuese mi último suspiro en vida. Porque eso representaba para mí.

—Lo sé —susurré.

Lo sabía, maldición. ¡Por supuesto que lo sabía! ¿Qué otra cosa más iba a hacer? Mis dedos se aflojaron, era muy tarde para apaciguar las uñas marcadas en mis manos, mas justo a tiempo para evitar el sangrado. Mi interior hervía en impotencia y tristeza.

—¿Qué clase de estúpido bastardo malnacido podría hacer algo así por

una mísera pintura de mierda?

No había respuesta.

Era tan absurdo, que no había respuesta alguna para aquella pregunta.

Todo se remontaba al último fin de semana del mes pasado, cuando fuimos al museo de arte de la ciudad. Fue ahí cuando empezaron los problemas.